

## UN POEMA DE MALLARME

---

*Rodolfo Alonso*

---

Después de mucho persistir en el asunto, atemperadas por esa misma experiencia y por las circunstancias cada vez más inhóspitas mis iniciales ansias casi omnívoras al respecto, me descubrí algún día preguntándome si la facilidad de una particular obra poética para ser traducida no debía convertírnosla, de inmediato, en sospechosa.

Que un poema logrado se encarna en su lengua hasta volverse inescindiblemente uno con ella, no es ninguna novedad. ¿Acaso el mismísimo Dante no había aludido, explícitamente, a la *gloria della lingua* como símbolo de la más alta ambición poética, como su máximo logro? Pues ahora hasta un científico de la talla de Noam Chomsky terminó coincidiendo,

quizá sin saberlo, con un artista tan exigente como Paul Valéry en que, no sólo el poema, sino prácticamente toda lengua, no son más que una cierta relación («oscilación», habría dicho el creador de *Le cimetière marin*) entre sonido y sentido.

Si así fuera, que lo es, ¿cómo podría entonces trasvasarse a otro idioma el poema logrado sin resbalar en una u otra dirección, por exceso o por defecto, al verse obligado el traductor a optar irremediabilmente entre ambos polos: sonido o sentido? Por eso, hay poetas que pueden resultar más intraducibles que otros. En mi caso: Mallarmé, entre los franceses, o Leopardi, en Italia, por ejemplo, citando sólo algunos, pero de los más significativos. Grandes poetas que han alcanzado esa altura precisamente por estar arraigados en su lengua, de tal forma, que sería imposible pensar en desgajarlos de ella. Sin olvidar que también hay poemas, determinados textos que son directamente más intraducibles que otros.

Todo intento de vertir a una lengua diferente la alta poesía resulta, entonces, utópico. Pero, además, y al mismo tiempo, se vuelve muchas veces irresistible, y acaso necesaria, la tentación de hacerlo. Lo que nos coloca, quizás, y no menos ineludiblemente, más cerca de Sísifo que de Prometeo.

En nada de eso pensaba, hace más de una década, mientras traducía incluso alegremente —sin imaginar lo difícil que sería encontrarle editor— ese libro singular de Guillaume Apollinaire (1880-1918) que él creyó dejar listo para imprimir poco antes de su muerte, *Les diables amoureux*, y que sólo llegó a ver la luz por única vez mucho tiempo después. (1) Dentro de las peripecias que componen la agitada vida de esas páginas, donde su autor reunió los eruditos trabajos de introducción preparados para sus dos concienzudas colecciones libertinas, no es anécdota menor el haber redescubierto la dimensión de una figura como la del Marqués de Sade. Inmerecidamente, sin embargo, no alcanzó similar repercusión su razonada reivindicación de

Baudelaire, a quien intenta definir como «hijo de Laclos y de Edgar Poe», con la que Apollinaire cierra el volumen. Y fue allí, precisamente, mientras traducía esas páginas finales, donde me descubrí frente a un último escollo. El autor de *Alcohols* culminaba su alegato reproduciendo lo que denomina el Homenaje de Stéphane Mallarmé. Así me encontré, sin que me hubiera atrevido a proponérmelo, y ya con una versión de largas páginas en prosa concluida, ante el desafío con el cual nunca había soñado: traducirlo.

En 1893, un lustro antes de su muerte, Stéphane Mallarmé (1842-1898) escribe *Le tombeau de Charles Baudelaire* que, junto con *Les noces de Hérodias*, según su biógrafo Charles Mauron (2) revelan, en el poeta, «por la realidad hostil antes que por deseos culpables», según él a modo de revancha, «un Mallarmé capaz al fin de la audacia de asumir a su vez la impureza baudelariana».

Sin embargo, no era algo inusitado. Ya a mediados de 1860, cuando recién está finalizando sus estudios de bachillerato, el joven Stéphane copia en un cuaderno, al que rotula *Glanes*, las veintinueve piezas más negras de las *Fleurs du Mal* (que había aparecido poco antes, en 1857). No es, tampoco ésta, una casualidad. La muerte de su hermano menor, María, que iba a marcar su vida para siempre, en forma indeleble, ocurre también el 31 de agosto del mismo año.

Esa línea de fondo, en este poeta que algunos llegaron a ver apenas como formalista, bellamente superficial, orondamente sonoro, se mantiene evidente, para quien sea capaz de percibirlo, a lo largo de su obra. No sólo en la flagrante *négresse par le démon secouée*, o tanta temprana *Galanterie macabre*, por no hablar del maduro *Toast funèbre*, sino aquí y allá, en el cuerpo de textos apenas aparentemente ajenos. Como el justamente famoso que comienza *Las de l'amer repos...* por ejemplo, donde habla—aún hoy— para nosotros, de *l'Art vorace*

*d'un pays / Cruel* (febrero de 1864). O la «sonrisa enemiga» —y en un padre— o el «horrible nacimiento», que afloran en el organismo perfecto del bien llamado *Don du poème*.

Si toda traducción de poesía verdadera, verdadera poesía, es utópica, traducir a Mallarmé es directamente imposible. Lo mejor que puede llegar a lograrse, con toda honestidad, no es sino una aproximación. Afronto, a sabiendas, de antemano, esa feliz desdicha. Y para que mi desafío sea completo, no quiero dejar de exponerme junto al original. Al menos, así, podrán darse cuenta desde dónde he rodado. Pero también logremos, quizá, juntos, al hacerlo, así sea por un instante, compartir, volver carne y sangre vivas tanto lenguaje vivo. Así sea.

### **LE TOMBEAU DE CHARLES BAUDELAIRE**

Le temple enseveli divulgue par la bouche  
Sépulcrale d'égout bavant boue et rubis  
Abominablement quelque idole Anubis  
Tout le musseau flambé comme un aboi farouche

Ou que le gaz récent torde la mèche louche  
Essuyeuse on le sait des approbres subis  
Il allume hagard un immortel pubis  
Dont le vol selon le réverbère découche

Quel feuillage séché dans les cités sans soir  
Votif pourra bénir comme elle se rasseoir  
Contre le marbre vainement de Baudelaire

Au voile qui le ceint absente avec frissons  
Celle son Ombre même un poison tutelaire  
Toujours a respirer si nous en périssons.

Stéphane Mallarmé

## **LA TUMBA DE CHARLES BAUDELAIRE**

El templo sepultado divulga por la boca  
Sepulcral de cloaca babeando rubí y barro  
Abominablemente algún ídolo Anubis  
Todo el hocico en llamas como un feroz ladrido

O bien que el gas reciente tuerza la mecha bizca  
La que enjuga sabemos los aprobios sufridos  
Iluminando huraño un pubis inmortal  
Cuyo vuelo según reverbera pernocta

Qué follaje secreto en ciudades sin noche  
Bendecirá votivo como ella al sentarse  
Vanamente en el mármol de Baudelaire

Al velo que la ciñe ausente, escalofríos,  
Esa su Sombra aún un tutelar veneno  
A respirarlo siempre aunque de ello muramos.

(Versión de RODOLFO ALONSO)